

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 125.—15 de Mayo de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan
Eptst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Una Señora de Alcalá. Se han recibido el chaqué, 2 levitas, 3 chaecos, 1 pantalon, 1 par de botas, 2 sábanas, 1 trage completo de jacayo y 40 rs. Estos, conforme al deseo manifestado por usted, se han dado á enfermos, y la ropa, en tan buen estado, á pobres que de ella carecian, y que con nosotros envian á usted mil gracias y mil bendiciones.

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Damos muy sentidas gracias por sus donativos á las personas siguientes:

<i>Barcelona.</i>	Sr. D. D. Serra.....	Un cajon con 10 kil. de hilas. Porte pagado.
<i>Coruña...</i>	Sra. Doña Josefa Insua.....	4 sábanas, 2 en buen uso. Porte pagado.
<i>Mérida...</i>	Sras. de Vera.....	Un saco con trapos. Porte pagado.
	Señorita Doña Dolores Hidalgo.	Hilas, trapos. Porte pagado.
	Señorita Doña Rosario Alvarez.	Hilas, trapos. Porte pagado.
<i>Málaga...</i>	Sr. D. Enrique Budsen, y varios malagueños.....	2 pinzas, 2 pedazos de hule, 1 canuto de papel Fayard, 1 mantel, 2 sábanas, hilas y trapos. Porte pagado.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Se ha publicado por Mr. Otto Lorenx un catálogo de los periódicos que se imprimen actualmente en París, y que se elevan á 681. Los hay para todas las ciencias y para todos los objetos dignos de excitar el interés ó la afición de los lectores, hasta para las frivolidades de las modas. Solo se ve una escepcion: en ese catálogo no aparece un solo periódico dedicado á las cuestiones de los pobres y de los presos.

No pretendemos sacar de esta observacion consecuencias pretenciosas para nuestra modesta Revista, que, limitada á tratar de caridad y del sistema penitenciario, ha entrado ya en el 6.º año de su existencia, sin subvencion de nadie, y esto en una época en que hay tantas preocupaciones, que absorben la atencion general hácia objetos de interés apremiante.

Si en esto se encierra algun mérito, de nuestros suscritores es todo; ellos nos ayudan con su apoyo material y moral: ellos hacen aquí lo que no hacen en París los franceses, á pesar de que presumen marchar á la cabeza de todos los progresos. Nosotros nos consideramos tan solo como eco de piadosas aspiraciones y procuramos satisfacerlas, escribiendo lo que, en armonía con ellas, nos dicta nuestro buen deseo.

Los 20 rs. que cada suscriptor nos da al año, descontada la parte necesaria para el preciso y único gasto de imprenta, correo y reparticion, es una limosna que distribuimos en su nombre y por su cuenta. El suscriptor á otras publicaciones, paga para contribuir á una idea y sostener una empresa; para el suscriptor de LA VOZ, la idea y la empresa es una misma: difundir la caridad en teoría y hacerla en la práctica.

La gratitud, pues, de los pobres, para nuestros suscritores es; y si produce algun buen fruto nuestra constante discusion para recordar al rico caridad, al pobre resignacion y á todos moralidad y religiosa filosofía, tambien á nuestros suscritores se debe ese fruto, que tal vez en algunas ocasiones y con ciertas personas no sea fruto perdido.

Hoy, en que por circunstancias de carácter puramente personal, el núcleo principal que forma nuestra Redaccion tiene que vivir separado y á largas distancias, las dificultades para sostener la Revista se aumentan, hasta el punto de parecer imposible su continuacion. Sin embargo, vamos venciendo esas dificultades, y aun abriga-

mos la esperanza de vencerlas en lo sucesivo, mientras nos acompañe la simpatía de ese círculo de amigos, que tal puede llamarse nuestra lista de suscritores, á los cuales con este motivo enviamos el saludo cordial de nuestro afecto y gratitud.

La Redaccion.

LA CONSTRUCTORA BENEFICA.

Lo rudo de los tiempos es una razon para combatir mas enérgicamente los males que en sí llevan y redoblar el trabajo; no un motivo para ceder al deseo de bienestar ó al desaliento, buscando reposo en el ocio por egoismo ó por debilidad. Hay labores propias de cada época, como de cada estacion; ya conviene abrir el surco, ya arrojar la semilla, ya arrancar la mala yerba, ó ya se puede tan solo preparar el instrumento que en ocasion mas propicia ha de servir de auxiliar; hay además en la obra social trabajos urgentes, cuya preferencia impone la necesidad. Estas razones esplican el largo silencio que hemos guardado acerca del pensamiento de construir casas para obreros.

Los lectores de LA VOZ DE LA CARIDAD recordarán el donativo de 25.000 francos hecho por la Sra. Condesa de Krasinski para los pobres españoles, puesto en manos del Embajador de España en París, que lo era entonces nuestro amigo el Sr. D. Salustiano de Olózaga, autorizado para dar á esta limosna la forma que le pareciera mas útil; recordarán que el Sr. de Olózaga la puso en manos de la Señora Condesa de Mina y de Doña Concepcion Arenal, para que le dieran la aplicacion mas oportuna, y que de comun acuerdo destinaron el donativo á la construccion de casas para obreros, esperando que el pequeño capital se aumentaria en manos de una asociacion caritativa, que con el título de *Constructora benéfica* adoptase y diese cuerpo á la idea de construir casas para obreros. Acogióla con sumo calor el Sr. D. Salustiano de Olózaga, y lo mismo su hermano, nuestro buen amigo y de los pobres, el Sr. D. José; habló á varias personas de diferentes partidos, con el objeto de formar la asociacion proyectada, y en todas halló buena acogida y deseo de cooperar eficazmente al pensamiento. Pero la tempestad política arreciaba, la guerra crecia, y en medio de las pasiones furiosas que engendra y enardece, nos parecia inútil y aun peligroso arrojar la semilla de una obra benéfica: aplazamos la instalacion de la *Constructora benéfica* para el dia en que se hiciera la paz.

Ese dia suspirado tarda en llegar, y razones poderosas nos han

determinado á poner en manos de una asociacion benéfica nuestro pensamiento, y el pequeño capital con que ha de principiar á realizarse: este capital, como recordarán nuestros lectores, se compone del donativo de la Sra. Condesa de Krasinski, el de la Sra. Doña Gertrudis G. de Avellaneda, y el producto de la suscripcion abierta en París, que todo ascendia á unos 200.000 rs. próximamente. Hace tres años teníamos fe; lejos de entibiarse, se robustece hoy al ver la cordialidad y el entusiasmo con que personas de distintas opiniones, y separadas por la política, se han unido por la caridad, semejantes á dos hombres honrados cuya cólera enciende una hembra liviana, y que calma y reconcilia la voz dulce de una santa mujer.

En un dia de abril reunia en el Ayuntamiento el Alcalde popular, Sr. Conde de Toreno, un número de personas, corto para el que necesita y tendrá la *Constructora benéfica*, suficiente para manifestar que no se trataba de un partido, sino de la patria, no de cálculo interesado y mezquino, sino de abnegacion y de humanidad. Todas las opiniones políticas tenian allí representantes, y no hubo mas que una para acoger con entusiasmo la idea de constituir una sociedad que se ocupe de la olvidada é importante cuestion de la vivienda del pobre. Las personas que asistieron á la reunion fueron las siguientes: Excmo. Sr. D. José de Olózaga, Sr. D. Manuel María José de Galdo, Sr. D. Diego Lletget, Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz, Excmo. Sr. D. Cristobal Martin Herrera, Excmo. Sr. D. Manuel Merelo, Sr. D. Manuel Santana, Excmo. Sr. D. Eduardo Gasset, Excmo. Sr. D. Ignacio Escobar, Ilmo. Sr. D. Eduardo Saavedra, Sr. D. Carlos Campuzano, Sr. D. José Rebolledo, Excmo. Sr. D. Miguel Sanz, Excmo. Sr. D. José Fernando Gonzalez, Excmo. Señor D. Hilario Nava y Cavada, Excmo. Sr. D. Eduardo Fernandez San Roman, Sr. D. Carlos María Perier, Excmo. Sr. D. Cipriano Segundo Montesino, Sr. D. Patricio Lozano, Excmo. Sr. Conde de Guaqui, Excmo. Sr. D. Cirilo Bahía, Sr. D. José Moreno Elorza, Sr. D. Francisco María Cortazar, Excmo. Sr. D. Alejandro Ramirez de Villaurrutia y Sr. D. Alejandro Palou.

Habia citadas otras personas, muchas de las cuales han aceptado el pensamiento, y que no asistieron por estar enfermas, ausentes, ó tener á aquella hora ocupacion imprescindible.

Y por estar ausentes los Sres. Marqués de Molins, D. Antonio Guerola, D. Antonio Palau y D. Fernando García Arenal.

Se hicieron los nombramientos siguientes:

Presidente..... Sr. Conde de Toreno.

Vicepresidentes.. Sr. D. José de Olózaga y Marqués de Santa Cruz.

Tesorero..... Sr. Marqués de Urquijo.
 Secretarios..... Sr. D. Carlos María Perier y Sr. D. José Rebo-
 lledo.

Se nombró una Comision de Reglamento, que debia presentarle antes de quince dias.

Grande y santa obra han emprendido los asociados de la *Constructora benéfica*; en su consecuencia oirán una voz que los aplaude, mas elocuente que LA VOZ DE LA CARIDAD. No como homenaje, que sería harto insignificante, sino como necesidad del alma consolada, les enviamos nuestro pláceme, humilde como la bendicion de un pobre, sentida como el amor al bien, cordial como la gratitud.

A ella se han hecho tambien acreedores los periódicos que espontánea y cordialmente han patrocinado el pensamiento de la *Constructora benéfica*. El Imparcial, La Epoca, La Correspondencia, El Tiempo, La Política, y tal vez otros de que no tenemos noticia; bendita concordia en medio de tanta divergencia de opiniones, verdadera *tregua de Dios* en que un sentimiento puro, elevado, suspende las hostilidades políticas, y une á los hombres, levantándolos á la region serena del amor á la humanidad, de los sólidos triunfos y de la verdadera gloria.

No terminaremos esta reseña sin hacernos cargo de un comunicado que el Sr. Marqués de Retortillo ha dirigido á La Epoca, acogiendo con entusiasmo la idea de hacer casas para obreros, idea que le preocupa hace tiempo, y para cuya realizacion ha pensado y trabajado mucho. Al leer este comunicado hemos experimentado dos sentimientos opuestos, uno de satisfaccion y otro de pena. De satisfaccion, por saber que el Sr. Marqués de Retortillo se ocupaba con empeño de la importante cuestion de casas para pobres, y que sobreponiéndose noblemente á mezquinas sugerencias de amor propio, no reparó en que no le han llamado, para decir *aquí estoy*; de pena, porque la falta de espíritu de asociacion esteriliza entre nosotros muchos esfuerzos aislados; la gritería de las pasiones políticas no deja oir las voces que eleva el amor al bien; los que por él trabajan no saben unos de otros, y tal vez se desalientan creyéndose solos, porque sus compañeros les son desconocidos. Esto nos pasó con el Sr. Marqués de Retortillo, y le habrá pasado á él con nosotros: no dudamos de que será contado en el número de los socios fundadores, y nosotros le contamos desde luego en el de los amigos de los pobres.

El pensamiento de la *Constructora benéfica* presentará sin duda grandes obstáculos para realizarse, aunque sea en pequeña escala, y

ofrece desde luego graves cuestiones, que es necesario resolver en principio, tanto para obrar conforme á los que se adopten, como para que sepa el país, de cuya cooperacion activa se necesita, lo que se va á hacer y cómo.

La idea de hacer un barrio para obreros solamente, halla contradiccion en muchas personas que no quieren esta separacion material de clases, y temen sus consecuencias.

El bello ideal en esta materia sería, que pobres y ricos vivieran bajo el mismo techo, en viviendas diferentes como su fortuna, pero sanas todas, y en relaciones de buena vecindad, en que el rico protejera y el pobre fuese protegido, unidas sus almas por la compasion y la gratitud en lazo de amor bendito.

No somos nosotros de los que confunden el *ideal* con los sueños, y tal vez con el delirio ó la locura. Muchos ideales se han realizado, otros muchos mas se realizarán, y aproximarnos á todos, si son buenos, cuanto podamos, es un deber y una honra. Bien está, pues, que se aspire á que los obreros no se aislen en barrios separados, pero estaria muy mal que se desconociese cómo pasan las cosas, la imposibilidad de cambiarlas completa é instantáneamente, y el error de que la hostilidad entre las clases es mas profunda aislando la vivienda que separando el corazon.

Hagámonos brevemente cargo de la realidad de hoy, de mañana y de muchos años, y probablemente de muchos siglos, en lo porvenir, y discutamos breve pero ordenadamente.

PRIMERO. Se presenta una cuestion de números: el de pobres es infinitamente mayor que el de ricos, de modo que es imposible de realizar el ideal de que cada pobre halle vivienda en la casa de un rico que le sirva de proteccion y amparo.

SEGUNDO. El valor del sitio y de la construccion de las casas donde viven los ricos, las ponen fuera del alcance de la fortuna de los pobres, que á lo mas podrian aspirar á un húmedo sótano ó achicharrada boardilla.

TERCERO. Se derriba una casa vieja donde habia habitaciones para pobres, y se hace una casa nueva mas cómoda y elegante, donde no hay ningun cuarto de poco precio. Esto se verifica en grande escala hace años, de modo que los pobres se van arrojando á los barrios extremos y á las afueras, donde están cada vez mas apiñados, en habitaciones cada vez mas estrechas y cada vez mas caras, y cuyos dueños parece que sacan de su capital un rédito crecido. Siéndolo tanto el alquiler de los cuartos, una familia pobre no puede pagarlos, se reunen dos ó varias, viven *en compañía*, y ya no hay hogar doméstico, ni dignidad, ni secretos, y con dificultad y

por escepcion hay decencia, y *familia* en el verdadero sentido de la palabra.

CUARTO. En los grandes barrios que se han hecho para los ricos, los de *Salamanca* y *Argüelles*, no hay habitaciones para los pobres; tienen algunas en el de *Pozas*, cuyas condiciones higiénicas y económicas no son las que deseamos para los pobres.

QUINTO. El pobre que vive en la boardilla de una casa cómoda ó lujosa, es á veces socorrido por sus ricos vecinos, pero ¡cuántos ignoran su desdicha y hasta su existencia, que no socorren ni consuelan!

SESTO. El pobre que entra por un lujoso portal para subir á una miserable boardilla, que sale descalzo y desabrigado al mismo tiempo que el señor del cuarto principal, que va en coche; que al ir á empuñar el colchon se encontrará con la cama dorada que traen á su vecino; que se arrima tiritando al tubo de la chimenea del lujoso gabinete que pasa por su miserable tugurio, y que no envía hasta allí mas que el calor necesario para hacer comprender cuán abrigada estará la habitacion á que corresponde; los pobres, en fin, y los ricos, separados por la miseria, por la riqueza y por la indiferencia, ¿ganan algo por habitar bajo un mismo techo? ¿Se aproximan moralmente por estar materialmente tan cerca, ó esta proximidad de apariencia y este alejamiento real pone en relieve el profundo abismo que los separa, y haciendo mas frecuentes las comparaciones, mas terribles los contrastes, puede dar mayor pábulo al odio y á las iras? ¿No está mil veces mas cerca del corazon del pobre el rico que viviendo lejos de él le tiene presente, le ampara, le hace el inmenso servicio de proporcionarle una habitacion cómoda y barata, que aquel que viviendo bajo el mismo techo le olvida? Para conjurar los fuertes choques de los que se encuentran, porque estando lejos han recibido un ciego impulso, lo que hay que aproximar son las almas, que pueden estar unidas á pesar de la distancia material, y separadas en la proximidad física. Amemos á los pobres, hagámonos amar de ellos, procuremos consolar aquellos dolores que engendran iras, preparar su inteligencia para que rechace el error, y no temamos coaliciones fomentadas por agrupaciones materiales, porque el hombre es llevado, á donde quiera que va, por su espíritu.

Partiendo de la verdad de los hechos reales, y procurando las cosas posibles, bien está que la *Constructora benéfica* aspire á lo mejor, y procure realizarlo, pero no que dé cuerpo á sombras para convertirlas en obstáculos: hartos tendrá que vencer. Aceptando la agrupacion de las viviendas de los pobres en lo que tenga de inevi-

table, y no exajerando sus peligros, para conjurar los que pudiera tener, podrian idearse varios medios, como dejar entre las casas que se construyeran para obreros, solares que se venderian al particular que en ellos quisiera edificar: tambien podrian formarse pequeños grupos de casas para obreros, donde pareciera conveniente, en vez de uno solo que llegara á ser un gran barrio. Insistimos en que estas precauciones no nos parecen de ningun modo esenciales. Si llegara el terrible dia de la ira, tenemos el convencimiento de que los incendiarios no habian de salir del barrio en que los obreros vivian racional y cómodamente, propietarios de su habitacion ó en vias de serlo. De esta última circunstancia trataremos en otro artículo, porque este es ya demasiado largo.

Concepcion Arenal.

LA GUERRA Y LA MISERIA.

Difícil seria resolver cual es la mayor copia de dolores que atormenta la humanidad: si la de aquellos á que acompaña el clamor de la querrela y el estruendo de la catástrofe, ó la de esotros que minan y corroen sordamente las infelices existencias: pero es seguro, á no dudarlo, que unos y otros juntos ocupan la mayor parte de la vida humana sobre la tierra.

Ninguna sorpresa nos causa en verdad que las naciones se alarmen al primer anuncio de cualquiera desavenencia diplomática, en pos de la cual sobrevienen á menudo el estrépito y desastres de la guerra. Cerca, muy cerca estan todavía los sangrientos sucesos de la empeñada entre dos naciones rivales, Alemania y Francia, en el corazon mismo de la culta Europa. La destruccion y ruina que trajo consigo, no pudieron ser mayores: que no hay memoria de que la humanidad haya presenciado tan colossal pelea, ni aun remontándonos á los trágicos tiempos de Atila y los campos *cataláunicos*, en donde al cabo de catorce siglos han venido á renovarse en nuestros dias las hecatombes mas terribles que registran los anales de las discordias humanas. Un millon de combatientes se hallaron al lado y enfrente de Aecio y Atila: á dos millones sube la cifra de los guerreros que llevaron á la lid Napoleon III y Guillermo de Prusia. Casi la mitad de aquellos quedaron fuera de combate; y el doctor Chensi con datos del mayor interés, que parecen sacados de fuentes oficiales á juicio de los papeles periódicos que los publicaron, ha dado conocimiento á Europa, escitando vivamente su atencion, de las pérdi-

das de Francia en la campaña de 1870 á 1871; como en Berlin se habian publicado las correspondientes á Alemania. 139.000 franceses muertos y 143.000 heridos en la guerra, 11.000 inútiles por el deterioro del calzado, 300.000 enfermos en los hospitales, y 44,000 alemanes muertos y 127.000 heridos, son guarismos aterradores que acongojan el ánimo; y mucho mas todavía si á ellos se agregan los 17.000 franceses que sucumbieron prisioneros en Alemania, y los 20.000 que murieron en los sitios de Metz y Strasburgo. A estas víctimas hay que añadir otras centenas de millares de prisioneros conducidos á duro destierro, cuyas privaciones, estrecheces y angustias no son para olvidadas. Si á esto se agregan las horrorosas escenas que en París sobrevinieron en otro nuevo sitio y cruenta lucha de caracter civil y social execrable, derivada de la primera, se colmará de espanto el ánimo al considerar, sin poder contarlas cabalmente, las desgracias que se amontonaron en unos cuantos meses de andar sueltos los odios y rencores, que ennegrecen la historia humana..... Fuéronle potentes auxiliares los mismos adelantos del siglo: los fulminantes de la química, los colosales é ingeniosos resortes de la mecánica, el vapor y la via férrea, el cañon rayado y el fusil de aguja. ¡Ciencia horrible la ciencia de la guerra! ¡Toma prestados de las mas altas facultades del pensamiento humano los métodos eficaces de lograr el rápido y seguro esterminio de la vida y la fortuna de los hombres!

Facil es por desgracia recordar cuántas y cuántas veces se ha repetido en los anales del mundo este espectáculo nefando. El Asia lanzó durante siglos, unas contra otras, las naciones en guerra de esterminio. El cautiverio y la esclavitud, la demolicion y el incendio, fueron complemento tristísimo de la refriega y la matanza. Ecbatana, Nínive, Babilonia, Eliópolis, Palmira, Tiro, Sidon, un dia metrópolis opulentas de famosas regiones, son hoy nombres legendarios, y nada mas. Menfis y Tebas ya no existen. Jerusalem y Atenas apenas si recuerdan lo que fueron por algun débil resto de sus esqueletos triturados. La Roma pagana, portento de fuerza, yace enterrada bajo inmensa capa de hacinados y recrecidos escombros. Y si hablaran los campos de batalla de los continentes y las ondas de los océanos, de qué prodigioso caudal de sangre y lágrimas nos darían cuenta! ¡de qué rumor inmenso de congojas y gemidos! Si hubiera en el mundo un poder bastante eficaz para evocar, y un lienzo bastante grande para contener todas las miradas suplicantes, ademanes desesperados, desfallecimientos de angustia, gestos de terror, agitaciones de espanto y palideces de agonía, que produjeron en el proceso de la historia todas las violencias, colisiones y tiranías

que durante ella reinaron, no se encontrarían ojos ni corazón que resistieran el tremendo espectáculo.

En los tiempos modernos y en nuestros propios días, ¿habrán cesado los estragos de la fuerza y violencia? Así querríamos que fuese; pero si bien la acción diplomática de los Estados, y los tratados y alianzas, mantuvieron por algunos años de nuestro siglo la paz entre las naciones, comenzó este, y ha proseguido después, con las guerras más colosales que jamás se han conocido, mantenidas durante los imperios de los Napoleones. Y hoy mismo llevan sobre sí los pueblos el peso abrumador y constante á que obliga á todos la previsión de una lucha armada, ó el sostenimiento, como en España, de las contiendas civiles,

Segun los datos conocidos en fin del año 1874, los presupuestos de guerra de las principales potencias europeas son en cifras redondas como sigue:

Rusia.....	2.800.000.000 de reales.
Francia.....	1.840.000.000.
Inglaterra.....	1.441.000.000.
Alemania.....	1.360.000.000.

Alemania aparece la última entre las cuatro únicas naciones mencionadas; pero es de advertir que esas cifras se refieren á los presupuestos ordinarios de los últimos años, y que el imperio germánico está aumentando su presupuesto de guerra con gastos extraordinarios, que no guardan proporcion alguna con la riqueza del país.

En España se gasta en la actualidad casi tanto como en Inglaterra, siendo tan grande la diferencia de recursos. Y tienen cabida por desgracia, y frecuentemente, además de repetidas y considerables destrucciones, sucesos lamentables de la más triste condición. Citaremos uno, que reseñado con sencillez y exactitud, se ha divulgado por Europa. Y sirva este como ejemplo de los demás.

He aquí el contenido de la carta que un corresponsal dirigió á *El Morning-Post* de Londres en noviembre último desde Lesaca.

«Se creyó necesario enviar refuerzos desde Vizcaya para ayudar al sitio de Irun; y Berriz me mandó acompañar á un batallón de Oyarzun, y decir que otro batallón nos seguiría. En dos días llegamos á Andoain, distante 64 millas de nuestro punto de partida; al día siguiente se puso á la cabeza de nuestra brigada, compuesta de cuatro batallones y cuatro piezas de acero, Salduendo, que nos tuvo en completa inacción, á pesar de estar oyendo el fuego de cañón con que atacaban á Oyarzun.

»Ayer, despues que habíamos perdido todas nuestras posiciones, Salduendo nos mandó hacer una marcha forzada de 35 millas por sendas montañosas, que conducian á la cumbre de la mas alta montaña de esta parte del Norte; el dia era sumamente frio, con un aire que cortaba y con llovizna: con este tiempo tan horrible, una jornada de 10 millas, hubiera sido demasiado para cualquier tropa del mundo; pero nuestros valientes muchachos, malamente vestidos y peor calzados, porque no tenian sino blusas y alpargatas, todo en muy mal estado, avanzaban por dichos senderos, y conforme subian mas alto, la lluvia se convertia en nieve que cegaba, y por consiguiente, el frio se hacia insoportable. La senda era de las mas desiertas de Guipúzcoa; no se veia casa alguna en las 35 millas ni en sus inmediaciones: añádase á todo esto el encontrarnos á una altura de 3.000 piés, y se podrá formar idea de nuestra marcha de ayer. A las doce nos paramos media hora, pero no fue lo bastante para hacer hogueras. Así permanecemos tiritando estos treinta minutos. Desde este momento empezaron las terribles escenas que nunca se borrarán de mi memoria.

»Nuestro batallon formaba la retaguardia; y apenas abandonamos el sitio de descanso, vi á un hombre que iba tambaleándose por la senda. Creyendo que iba borracho le regañé; pero en lugar de contestar, aunque trató de hacerlo, se me quedó mirando vagamente, y entonces noté que estaba tiritando y que sus dientes rechinaban; dispuse en seguida que dos hombres le sostuviesen y le ayudasen á correr, para renovar la circulacion de la sangre, pero fue todo en vano: el hombre estaba descalzo. Pocos minutos despues encontramos á otro desgraciado acurrucado como una bola, quejándose y casi moribundo. Mas allá dos infelices, acostados el uno al lado del otro, cubiertos con una manta, que levanté y ví que estaban muertos.

»A cada paso se repetian iguales escenas, tanto que los caballos tenian que saltar sobre los cadáveres para no pisarlos. Tan gran terror se apoderó de nosotros, que empezamos á correr casi todos á pie, pues era imposible ir á caballo por el intenso frio que hacia. No puedo describir las horrorosas escenas de ayer; tan impresionado estoy aún con los débiles lamentos de agonía de los moribundos, y las miradas con que pedian auxilio los desgraciados.

»Algunos estaban en el suelo riendo como locos, otros de rodillas abrazados á sus fusiles, otros comiendo pan tranquilamente como si nada ocurriese, pero todos los que se sentaron ó cayeron han dejado de vivir.

»Yo levanté del suelo á un sargento y lo coloqué sobre mi ca-

ballo, porque ya no podia andar, y sostenido le llevé cuatro ó cinco millas, pero al fin cayó, no pudiéndose mantener á caballo; entonces le llevé á cuestas sobre mis espaldas, hasta que sentí que un horrible entorpecimiento de frio invadia todo mi cuerpo y la cabeza se me iba, y entonces le dejé en el suelo y le abandoné á su suerte: horrible necesidad, pues si nó, yo hubiera sucumbido sin salvarle, pues ya no habia remedio.

»Aún estoy viendo su helada mirada de desesperacion, cuando me dijo: «Déjame, no puedo mas;» este recuerdo me acompañará hasta el sepulcro. A lo largo del camino estaban tirados fusiles, cartuchos, sacos y equipos, y he visto á mas de uno arrojarlo todo y ponerse á correr como loco. Vi á un pobre viejo, de rodillas, rezando su última oracion; y otras escenas capaces de hacer á uno perder el juicio. Todavía no se ha pasado lista, pero creo que los muertos pasan de 100; yo he visto por mis ojos 50 helados.»

¡Cuántos y cuántos sucesos de esta clase y otros análogos podrian registrarse en los anales de la vida en épocas calamitosas, si se conocieran los hechos innumerables que á cada instante se reproducen, y que son borrados á poco de la memoria de los hombres.

Pero ¿son estos los únicos dolores que sostuvieron siempre y sostienen su imperio sobre la tierra?... No ciertamente. Y cuenta que no queremos hablar de la muerte y las enfermedades como condicion ordinaria de nuestra naturaleza. Pensamos solamente en los eventos desgraciados de siniestros accidentes, y en las innumerables miserias de la vida, que pudieran haber tenido ó podrian tener humana redencion.

Citaremos un ejemplo solo á propósito de los primeros, y será de nacion previsora, ilustrada y experta. Y este ejemplo se referirá únicamente á siniestros marítimos.

Segun el informe que el almirantazgo inglés publicó en noviembre de 1874 sobre la estadística de los siniestros que sufrió la marina inglesa durante los seis meses primeros de 1873, resulta que el número de muertes ocasionadas por estas causas pasó de 138 sobre las del año 1872. Durante el primer semestre de 1873, 98 buques perecieron con la totalidad ó parte de las personas embarcadas, 78 estaban cargados, 11 sin carga, y los otros 9 se ignora si cargados ó nó. De las 728 muertes, 81 han sido producidas por haber zozobrado los buques en alta mar, 346 por choques y 122 por naufragios en las costas. Las otras 179 personas han perecido por haber sido llevadas por las olas ó por esplosion de calderas y otras causas. El número tan elevado de muertos en el primer semestre de 1873, tuvo varias causas: las frecuencias de tempestades y los

grandes siniestros, tal como el del Norfolk, en el cual perecieron cerca de 300 personas.

El número de buques que desaparecieron desde 1.º de enero á fin de junio de 1873 es de 83, tripulados por 1.028 personas.

Si se agregaran á los desastres marítimos de este breve período de seis meses, los acaecidos en otros tiempos y los que se hayan verificado en buques de las demás naciones; y á las desgracias que tuvieron por teatro el mar, añadiéramos los infortunios repetidos y constantes de tierra, ya en ferro-carriles, minas, carreteras, ya en incendios é inundaciones, ¡cuál no sería la cifra funesta y desconsoladora que tendríamos ante nuestra vista!

Pues todavía existen otros dolores mas silenciosos y menos conocidos, que visitan los campos casi desiertos, los lugares y aldeas, y mas aún, acaso los senos ignotos de las grandes ciudades. Abramos alguna de las revistas ó diarios que suelen tener noticia de uno entre mil de esos hechos lastimosos que conmueven el corazón, y lo dan á conocer en sus páginas, como triste revelacion de aquel mundo de los infelices, olvidados frecuentemente por los afortunados: abramos por ejemplo; *La Gazeta Internacional* de Bruselas, y leamos un artículo que se titule *La Miseria en Paris*, y tenga por fecha ese mismo mes de noviembre, tan repetidamente citado, y ese artículo dirá así:

«No hay dia en que los informes de la policia no señalen un suicidio, cuyo móvil haya sido la miseria. ¡Cómo! ¡En este París, abierto á tantas industrias, que tiene hospicios, casas de beneficencia, que tolera tantos mendigos en sus calles, los cuales reciben diariamente mas que el jornal de muchos obreros, se deja morir de hambre á tímidos infelices, á quienes un poco de vigilancia habria salvado! Una de las personas que habita en una casa llena de ricos, supo que se albergaba en miserable boardilla una familia sumida en la mas profunda miseria: la madre habia muerto aquella mañana, y quedaban la abuela idiota, tres niños, y el padre abrumado de dolor, é incapacitado para el trabajo mucho tiempo hacia. Aquella persona subió á la boardilla, y se ofreció á sus ojos un cuadro horrible, un verdadero capítulo de Dickens, el escritor realista de tanto talento y de tanta fuerza. En un rincon hallábase el desgraciado padre mirando con desolacion á sus tres hijos tirados en otro, pálidos, moribundos, pidiendo pan; en medio la anciana, indiferente, sin movimiento, momia sumergida en el hoyo del lecho, un bulto por tierra, una cosa cubierta con viejísimo lienzo. La señora tembló: comprendió que era el cadáver de la madre. Llevaba una sopera humeante, que colocó sobre una mala mesa: la vieja se levantó y fué á

buscar una cuchara, los niños se acercaron abriendo con asombro los ojos. ¡Ah! dijo el padre, rompiendo en llanto y ahogado por los sollozos, yendo á arrodillarse cerca del cadáver: ¡ella ha muerto de hambre, sí, de hambre, Señora!..... Nunca supe lo grave de su dolencia: estaba enferma y se privaba de todo por nosotros, diciendo siempre que habia comido ya; acudió la fiebre y todo ha concluido..... Sus aguzados huesos salian de la piel..... No habia ni fuego ni luz: murió en la oscuridad esta mañana antes del dia: No tuvo ni el consuelo de ver por última vez á sus infelices hijos; pronunciaba sus nombres y trataba de abrazarlos, pero le faltaban las fuerzas. Me creia lejos, ¡muy lejos! y que la habia abandonado; era que habia mendigado limosna para ella en las calles, y me habian llevado á la cárcel: cuando volví estaba muriendo, y la sangre de mi corazon se heló, porque la veia morir de hambre. Lo afirmo ante Dios que nos vé; ¡murió de hambre!»

»Los niños aterrorizados no se atrevian á comer, y la vieja idiota golpeaba con la cuchara en la sopera para llamarlos. La caritativa Señora, herida por espectáculo tan espantoso, salió con el dolor y emocion que son fáciles de comprender.»

Esta escena de París no es sino un ejemplar tomado entre mil, como el de las montañas de Oyarzum. Ponemos uno y otro á la vista de nuestros lectores, para avivar en ellos el recuerdo de los muchos análogos que conocerán sin duda, y la consideracion de los muchísimos mas que seguramente ignoran.

Pues bien, decimos ahora nosotros, la vida humana flota y á veces se sumerje en ese inmenso mar de amarguras: otras infinitas congojas hay que no se cifran en privaciones ó dolores materiales, sino en dolores y punzadas del espíritu no menos agudas y penosas; pero de estas no es nuestro ánimo tratar en este momento. La civilizacion consiste en amenguarlas todas. Y las fuerzas activas de la humanidad podrán bastar apenas á redimir del infortunio á una parte de las víctimas, si en la noble empresa se emplean con ahinco, en vez de combatirse é inutilizarse las unas á las otras.

Pues pongamos á un lado las inteligencias y las voluntades que se emplean en pervertir y degradar las costumbres, y apagar ó eclipsar en las almas la moral; los sentimientos viciosos ó enconados que encienden odios y dañosas concupiscencias; las manos que forjan el arma homicida y los brazos que impulsan los instrumentos de esterminio, como no sea en justa y necesaria defensa.

Y pongamos de otro lado la constante accion evangélica, que lleva la luz, el calor y la paz del cristianismo á la inteligencia soberbia, al corazon agitado y á la mano airada, y que á toda hora enseña

y promulga la grandeza en Dios, el perdón, la paciencia, el continuo trabajo de cada uno para sí y para los demás, el contento en la modestia, la alegría en las asperezas de la virtud, el amor espiritual, la caridad inagotable.

Y llamemos después á algun estadista delicado, de los que entiendan en esto de componer y cotejar estadísticas morales, y preguntémosle cuál de aquellas dos fuerzas representa el bien y el mal, la gloria y el infierno en el mundo, y roguémosle que nos dé la respuesta apetecida poniendo la mano en el pecho y oyendo el dictamen de la severa é ilustrada conciencia.

Cuando aquel espíritu recto llegue á dictar su respuesta (que no tardará mucho), pedimos á nuestros lectores que se acerquen y la escuchen bien. Y después de oirla, que vayan á trabajar (que trabajo es la vida) en aquel de los dos campos en donde crean que hay mas nobleza para ellas, mas paz para la conciencia y mas bendiciones de Dios.

Cárlos Maria Perier.

LA FAMILIA.

La Madre, por Eugenio Pelletan.

PRÓLOGO.

I.

Conozco una mujer de talento que jamás va al teatro, pero que en cambio lee mucho, y saca tiempo para dirigir su casa.

Una Señora, separada de su marido, le decia un dia con tono compasivo:

—¿Qué hace usted, pues, amiga mia? Siempre se la encuentra á usted con el libro entre las manos, como á una colegiala que aprende el catecismo.

—Qué quiere usted, Señora, respondió, la lectura es el atavío del espíritu; y adorno por adorno, este al menos no estorba para amar al marido y educar á los hijos.

Algun tiempo há, quizás mucho tiempo, fue á verla á la calle de Montagne, cuarto piso, en un saloncito que ella llama su Eden..... no sé bien por qué, como no sea porque ha instalado allí una jardi-

nera y una pajarera. Vivía así unida á esas dos cosas del cielo, las flores y los pájaros.

Habia amueblado aquella salita aérea con el gusto de un alma poética, que se realiza á sí misma en su moviliario. Habia hecho un paseo en pequeño, poblado de estatuitas del Parthenon y grabados de Rafael.

Habia desterrado severamente de su chimenea esa cosa refractaria á toda forma, que ostenta un disco de porcelana dividido en doce partes iguales, y una cuerda interior destinada á mover dos agujas de diferente actividad, perezosa una, la otra viva, como Marta y María.

Consideraba el relój como la tiranía de la existencia; tú no tienes hambre, pero tu relój tiene hambre por ti, da á comer: quieres dormir por la mañana, pero tu relój está en vela, y con su argentino falsete te grita: «Ya es hora, levántate;» y tú has de obedecer á la campanilla.

La encontré ese día sentada al amor de la lumbre, con el libro abierto sobre su costurero. Apenas me vió entrar, sin dejarme tiempo para saludarla:

—¡Y qué! me dijo, ¿ha osado usted cantar las alabanzas de esto?

—Quisiera ante todo conocer el cuerpo del delito.

Tendióme un volúmen, cuyo dorso llevaba el título «Libertad.»

—No, Señora; yo no he osado, y he tenido disgusto por ello, porque pienso mejor de ese libro de lo que he hablado.

—¿Aun del capítulo del matrimonio?

—De ese capítulo sobre todo.

—Vaya usted con Dios, replicó con gesto de despecho, usted también, usted no es mas que un hombre.

—Ah, Señora, una debilidad de nacimiento..... no hay generosidad en usted al echármela en cara. Empero ¿qué herejía ve usted en ese capítulo del matrimonio? Conozco á Julio Simon, lo quiero, lo estimo; es un filósofo; fuera de que en este capítulo criminal no hace mas que insistir contra una locura.

—Que usted llama.....

—La mujer libre.

—Hay mujer libre y mujer libre, caballero; mujer libre en la calle, que ningun hombre puede querer, y mujer libre en el hogar, que me parece muy distinta libertad: supongo que usted establece la diferencia.

—Sin duda alguna, Señora, ¿pero qué entiende usted por libertad en el hogar?

(Se continuará.)